

HENRIQUE GONZÁLEZ CASANOVA

EL FUTURO DE LOS MEDIOS DE INFORMACIÓN RELACIONADO CON LA FORMACIÓN UNIVERSITARIA DE LOS PERIODISTAS

EN LA medida que la actividad humana se torna más diversa, es más evidente la necesidad de la función universitaria, entendida ésta, a la manera tradicional, como la tarea que descubre lo que es común a lo que es diverso y que transmite así los conocimientos adquiridos en las diversas actividades culturales, científicas, técnicas, metódicamente reducidas a sus esencias comunes.

La multiplicidad de conocimientos sobre áreas especiales ha traído consigo la necesidad de fomentar los estudios especializados y la Universidad, desde hace ya muchos años, abrió así sus puertas a la especialidad, acogiendo en sus facultades más antiguas las nuevas disciplinas que han dado origen a nuevas escuelas de profesionales y que, inclusive, con el tiempo han llegado a escindirse de las facultades a cuyo amparo nacieron para constituir escuelas independientes o nuevas facultades.

Al mismo tiempo, la especialidad ha alcanzado un prestigio singular, no sólo ante los ojos de los profanos sino de los propios universitarios; ese prestigio se debe a una multitud de factores, el menor de los cuales no es el hecho de que el país más poderoso de la tierra y el que le sigue, así como los que durante este siglo los han precedido en ese poder o han intentado disputárselos, lo hayan alcanzado o lo hayan intentado alcanzar con base en su capacidad técnica, aparente sobre todo como especialidad, y en su capacidad científica que, sobre todo en los últimos años (a partir de los descubrimientos de la física en materia nuclear y cibernética, por

* II Seminario Regional sobre Enseñanza de Periodismo y Medios de Información Colectiva, con los auspicios de la Universidad Nacional Autónoma de México, febrero de 1965.

ejemplo), se ha hecho notoria, también, como especialidad altamente especializada.

Los especialistas han venido a sustituir la imagen del profesionista liberal (el abogado, el médico, el ingeniero) que en muchos de los países hispanoamericanos, por ejemplo en México, eran modelo de independencia y bienestar a los cuales aspiraban para sus hijos los miembros de los estratos en ascenso de las clases medias y populares o los hijos de los propietarios rurales desplazados del poder político y económico que no querían perder su status social. En la medida que esas profesiones han saturado los mercados de trabajo, aunque no exactamente las necesidades que de sus servicios puedan tener los pueblos americanos, y en la medida también que han pasado a depender de una manera notoria del Estado o de instituciones paraestatales y privadas, han perdido el atractivo que solían tener antes, en tanto que el especialista lo gana.

Este hecho ha contribuido a que haya una presión "popular" desde fuera de las universidades que se une a las tendencias que hay dentro del seno de las mismas a favor de la especialidad. A esa presión cabe añadir la que ejercen los empleadores de los servicios profesionales. La educación no es un bien apreciado en lo general por los empleadores sino hasta el momento en que el desarrollo de los países a los cuales pertenecen les permite advertir que el trabajador más educado es el más apto para los distintos niveles en los cuales lo emplea. Ese momento suele coincidir con el descubrimiento de que es menos onerosa para el empleador la preparación de los trabajadores que le presten los distintos servicios que necesita si ella se obtiene en la escuela en lugar de que la obtengan en la práctica del taller, el laboratorio, la oficina, pero cuando llega ese momento en el desarrollo de los pueblos no es extraño que quien antes despreciaba a la escuela porque no le servía a sus propósitos, espere que la escuela, ahora que la ha descubierto, le resuelva de manera total sus problemas, proporcionándole trabajadores en los distintos niveles que tengan una capacitación máxima, inclusive la capacitación especializada, olvidando que ésta es producto de la práctica, pero no de una práctica artificiosamente trasladada del taller a la escuela, sino de una práctica que corresponde ya, de manera indispensable, al ejercicio profesional, que sólo se puede alcanzar de manera suficiente y satisfactoria por ese ejercicio.

Todos los hechos mencionados contribuyen a crear una circunstancia favorable a la valoración suprema de la especialidad, como virtud profesional, técnica, científica, y a solicitar a la escuela que ella la confiera en el más alto nivel. Si esto es común a todas las profesiones universitarias,

si sobre todas ellas se recibe esa presión de factores externos e internos que así lo requieren, ello es aún más notorio por lo que hace a las carreras nuevas, las que más recientemente han alcanzado alojamiento en los recintos universitarios, tal por ejemplo la carrera de periodismo.

Esas carreras son por lo general recibidas con cierto escepticismo cuando no con franca hostilidad en los medios académicos; pero, a la vez, frente a su incorporación a la universidad, es común que quienes las practican sin haberlas estudiado en la escuela, simplemente porque no había escuelas que las enseñaran, asuman actitudes de resentimiento y de frustración frente a ellas, muchas veces provocadas por las actitudes de los nuevos estudiantes o de los cuerpos de profesores que se dedican a enseñarlas. El problema del resentimiento es menos peligroso que el de la frustración. En primer lugar, suele ser transitorio: los estudiantes de periodismo y los profesores de periodismo necesitan en más de un sentido de los profesionales que se hicieron en la calle y en las redacciones, y al acudir a ellos, al iniciar el diálogo y entrar en contacto con ellos atenúan el resentimiento; después de todo, no están tratando otra cosa que enseñar y aprender lo que aquéllos saben hacer. En segundo lugar, las escuelas de periodismo no producen periodistas en tal cantidad y de tal calidad que amenacen ser una competencia seria a corto plazo para quienes en el ejercicio de esa profesión se ganan su vida y han fincado su prestigio. El problema de la frustración es en cambio más peligroso. La frustración pueden padecerla no sólo los periodistas profesionales que no ven que la escuela resuelva los problemas de la formación de los nuevos periodistas con la eficacia y rapidez con que a su juicio sería deseable; la pueden padecer también, y en mayor medida, los profesores que concurrieron a convertirla en carrera escolar y los alumnos que aspiraron a estudiarla en la escuela, en lugar de hacerlo en la práctica; la pueden sufrir las autoridades universitarias que animadas de un idealismo excesivo esperaron de la formación académica de los periodistas un cambio sensible e inmediato en las prácticas habituales del periodismo que a su juicio son indeseables; más aún, la pueden padecer también los presuntos empleadores de los periodistas que no reciben en los egresados de las escuelas de periodismo a los técnicos con un grado de especialización óptima, como ellos llegaron a suponer que lo harían.

Es peculiarmente sensible la frustración que los egresados de las carreras de periodismo pueden tener. En la medida que su carrera universitaria no los conduce de inmediato al éxito —entendiendo por tal la obtención de un prestigio profesional inmediato y de una buena remuneración

económica— se sienten frustrados. Su frustración la atribuyen más fácilmente que a cualquiera otra causa de las muchas que pueden determinarla (desde factores personales hasta circunstancias profesionales, de mercado, por ejemplo, y sociales y políticas) a lo que ellos consideran su deficiente formación escolar.

Todo esto acentúa las demandas que, desde distintos puntos, se hacen a las escuelas donde se enseñan carreras nuevas en general y donde se enseña periodismo en particular, para que introduzcan modificaciones en sus planes, métodos y programas de estudio con el fin de proporcionar a los estudiantes los conocimientos que van a necesitar en su ejercicio profesional.

Es indudable que el hecho de que esas demandas se produzcan indica claramente que las escuelas no están dando a los alumnos la formación que sería deseable. Pero ello no indica, necesariamente, que hubieran de mejorar porque se les enseñara lo que los estudiantes, los egresados, los profesores ansiosos de resolver el problema, los profesionales que insisten en la necesidad de la práctica, o los presuntos empleadores sugieran como necesario o califiquen como indispensable, entre lo cual suele insistirse, sobre todo, en la práctica, en la técnica, en la especialidad.

Nos parece más bien que el problema radica en que la Universidad y las escuelas de periodismo no han descubierto, en el corto plazo que tiene de vida académica y sistemática la carrera de periodismo, cuáles son sus esencias universitarias, qué es lo que de común tienen las especialidades del periodismo para que las materias básicas, fundamentales de esa formación profesional, proporcionen efectivamente esa formación como formación universitaria que permita, ya en el ejercicio profesional, a quienes la tengan, llegar a ser especialistas eficientes en cualquiera de las múltiples especialidades, previsibles o no, que cualquier práctica profesional solicita y que, eventualmente contribuyen a que el conocimiento o la destreza humanos sean mayores, más diversos en sus alcances particulares.

Quiero decir, volviendo al punto de partida de este escrito, que las deficiencias que se observan en las carreras de periodismo tal como actualmente se enseñan deben procurar satisfacerse, más que por el procedimiento de introducir una creciente diversidad de especialidades, por urgentes que éstas se reputen, por prestigiadas que ellas sean, por necesarias que se consideren, dentro del *curriculum* de la enseñanza del periodismo universitario, mediante el estudio y definición de lo que es, lo que hay de *universidad* en las distintas especialidades que constituyen la profesión periodística.

Ahora bien, considero que con un criterio semejante se debe afrontar el problema que se ha planteado respecto al futuro de los medios de información relacionados con la formación universitaria de periodistas.

Una de las características del hombre, de la cultura humana, es que ha enriquecido la naturaleza con sus obras, que el estudio de sus propias obras lo obliga, por lo menos en la misma medida que lo obliga el estudio de la naturaleza. Pero el acopio de información que el hombre ha reunido en el curso de generaciones sucesivas es de tal magnitud, tanto por lo que se refiere a sí mismo como por lo que hace a la naturaleza, que sería imposible pretender que toda esa información se enseñara. Hay en cambio la posibilidad de enseñar a obtenerla, a usarla; hay también la posibilidad de enseñar a enriquecerla; esto es, de enseñar a obtener más información. Esta posibilidad asume hoy caracteres trágicos. La información acumulada por grande que se considere tiene una competidora tremenda en la información que se produce o que se reproduce. La biblioteca no basta ya como centro de información documental, el archivo y la hemeroteca tampoco. En los más grandes países se han desarrollado centros de información documental y científica y en algunos de ellos funcionan las llamadas "clearing houses" que revisan todo lo que se hace en función de un determinado interés.

En el curso de los últimos ochenta años, a partir de la invención del linotipo y de la rotativa, que permitieron el desarrollo de la prensa en una forma que no había tenido precedente, se han inventado o perfeccionado nuevos medios de reproducción masiva de literatura impresa o de otro tipo de gráficos y también en el curso de esos ocho decenios han aparecido sucesivos medios de sorprendente comunicación masiva: el cine, la radio, la televisión. Más recientemente aún, la electrónica ha permitido otros avances y ya alguien ha podido decir con aterrador humorismo ante la máquina electrónica de información que dentro de unos cuantos cientos de años podría ocurrir que la nueva *Biblia* dijera: "Y el hombre hizo a la máquina a su imagen y semejanza."

Por más que estemos dispuestos a prever el futuro, éste se nos presenta todos los días como un suceso inminente; es un hecho inmediato que parece adelantarse a nuestra capacidad de anticiparnos a él. Sin embargo, es un hecho humano, como tal, fundado en lo que la vida humana es y ha sido. Así, quienes postulan la posibilidad de preverlo tienen razón. Alguien me decía que en Francia se halla reunido un congreso de estudiosos del futuro. Las invitaciones que se dirigieron a los participantes decían más o menos en sus primeras líneas: "Todo gobierno inteligente debería

fundar de inmediato un instituto de estudios del futuro..." El tema de esta ponencia obedece a una opinión semejante. Las escuelas de periodismo no pueden soslayar el problema que representan los actuales medios de comunicación masiva, no pueden prescindir de estudiar los nuevos medios de información, ni de prever el desarrollo que vayan a tener. Los profesores deben informarse sobre ese futuro, del que seguramente pueden hablar los especialistas; deben meditar sobre su posible alcance; deben plantearse la pregunta sobre la medida en que los estudiantes de periodismo puedan llegar eventualmente a ser universitarios que, como tales, tengan más de común con los universitarios que fabrican y manejan los medios de información y los desarrollan para otros fines que la comunicación de la noticia o la formación de la opinión pública; pero deben, ante todo, y en vista de una inminencia tan notoria de transformaciones, acelerar el estudio de la *universidad* del periodismo, de lo coincidente en las distintas esencias de sus diferentes especialidades, de lo que es fundamental y básico para la formación de los nuevos periodistas en los detalles que informan esas distintas especialidades. Sólo así podrá asimilar las nuevas técnicas, las nuevas especialidades, sin perder la propia conciencia, su peculiar consistencia profesional.

Otra cosa, los periodistas como los demás universitarios no deben olvidar en ningún momento que la escuela, y dentro de la escuela la Universidad, es un útil instrumento de educación; pero que dista mucho de ser el único; que la escuela superior de periodismo, integrada en la Universidad, no tiene por qué ser tampoco el único medio para la enseñanza escolar del periodismo, ni para la capacitación escolar de los periodistas, y que los periodistas no sólo pueden formarse en la práctica —como hasta ahora se han formado— y en la escuela —como han demostrado que es posible por lo menos cien años de experiencia norteamericana—, sino en el estudio por correspondencia, que los nuevos medios de comunicación e información permiten que no sea ya solamente por correspondencia escrita, sino radiofónica o por televisión.

Así, para enfrentar los problemas relativos a los medios de información relacionados con la formación universitaria del periodista, por lo que hace a su futuro, yo propondría, que los consejos técnicos o academias de profesores de periodismo desarrollen o propicien la formación de centros de investigación en sus escuelas. Esos centros podrían convocar conferencias o encuentros internacionales y constituir un departamento del CIESPAL que estudie esos problemas a fin de proporcionar a las escuelas nuevas elementos de juicio para la organización y revisión de sus programas,

planes y métodos de enseñanza, sin perder en ningún caso la necesidad universitaria de la enseñanza; esto es, la necesidad de que las escuelas preparen personal especialmente capacitado para poder, en el curso de su ejercicio profesional, especializarse de una manera acelerada en alguna de las múltiples ramas a que obliga la creciente diversificación de la actividad periodística en nuestros días.

Sugeriría asimismo que los planes de estudio de las escuelas de periodismo tuvieran la flexibilidad suficiente para introducir dentro del cuadro de materias informativas —sin alterar el cuadro básico de la enseñanza de las materias formativas— aquellas que concurrieran a enterar a los estudiantes sobre las nuevas necesidades que imponen a los periodistas la evolución de los medios de información y sobre las nuevas posibilidades que ofrecen para que se cumpla la función democrática del periodismo de enseñar a los hombres, mujeres, niños; de informarles sobre las cosas que les interesan, así como de las cosas que deben interesarles, como es, por ejemplo, en los países democráticos: la cosa pública. Esa flexibilidad permitiría dar los cursos obedeciendo al interés más inmediato que pudiera haber en un momento dado entre profesores y estudiantes, así como a la posibilidad de disponer de la persona o personas suficientemente capacitadas para darlos.

Desarrollar en las bibliotecas respectivas las secciones de libros y revistas relativas a los nuevos medios de información, y educar a los estudiantes, a los propios profesores y a los periodistas, para que recurran más frecuentemente y con más asiduidad al libro y a la publicación periódica como medio de información en vez de que lo hagan, como es la tendencia que hoy prevalece, por medio de la comunicación oral, reduciendo su posibilidad de conocimiento a la tradición oral, que aunque sea académica o culta no es la mejor manera de transmitir el conocimiento.

Fomentar el contacto de las escuelas de periodismo con los investigadores de los medios de información y con los que trabajan en los nuevos medios de información. Organizar con ellos mesas redondas, conferencias, simposia, a fin de estudiar los problemas coincidentes.

Capacitar a jóvenes profesionales de periodismo en el uso de los nuevos medios de información y en su técnica, con el fin de que contribuyan a investigar, desde los puntos de vista de la profesión del periodismo, la utilidad de esos medios y que, eventualmente, puedan ser profesores de las nuevas generaciones de periodistas y contribuyan, mediante las investigaciones que hagan, a actualizar la enseñanza universitaria del periodismo sin que ésta se diluya en la especialidad.

Al discutir problemas de educación y en particular de educación universitaria, recuerdo con frecuencia las palabras de un lord inglés que, para desalentar los argumentos que se manejaban en su país a favor de un aumento de las partidas presupuestales destinadas a las universidades, decía que si los estudiantes eran buenos no necesitaban de las universidades y que si eran malos, de nada les servirían las universidades. Aunque hoy sea difícil que alguien exprese con semejante irónico cinismo su desconfianza en la Universidad como vehículo educacional, el escepticismo ante esa función universitaria no ha desaparecido. Al contrario, la urgencia de educación, el aumento de lo que hay que enseñar, han contribuido a que ese escepticismo conviva con el desarrollo mismo de la Universidad. Y es que quienes piensan que la Universidad debe enseñar todo lo que hay que saber ya no están sólo en la calle, sino que han penetrado a las aulas de la propia Universidad, y hacen desde ella eco a esas angustiadas solicitudes, cuando no son sus principales voceros, contribuyendo a que se olvide que, si la función de la Universidad es enseñar, es también hacer la síntesis, sistemáticamente selectiva de lo que hay que enseñar, y que ésta es, más aún que la función docente, por mucho que ésta se estime, la función esencial de la Universidad.

Ese recuerdo es lo que me llevó, acaso, a hablar más de la formación de los periodistas que del futuro de los medios de información. Me excuso por ello ante ustedes, antes de proponer las posibles conclusiones siguientes:

1. Las escuelas universitarias de periodismo deben estudiar constantemente qué es lo que deben enseñar a sus profesionales.
2. Esa función no debe reservarse a los consejos técnicos o a las academias de profesores, sino debe alentarse en centros especiales de investigación.
3. Esos centros deben coordinarse con los centros que tengan actividades semejantes en otras escuelas de periodismo, y con los centros internacionales o nacionales que cumplan semejantes funciones; por ejemplo el CIESPAL; y deben coordinarse también con los centros de investigación universitaria en los cuales se estudian los problemas relativos a materias afines o básicas que también se enseñan a los periodistas.
4. Los programas de estudio de las escuelas profesionales de periodistas universitarios deben ser lo suficientemente flexibles para que, sin

alterar el cuadro de materias básicas, que se reservará a aquellas que se consideren esenciales para cualquiera de las posibles especialidades de la carrera, permitan dar cabida a materias optativas o eventuales que se den en particular para aquellos alumnos que tengan un interés específico en su conocimiento; pero sin que sea obligatorio para todos escucharlas.

5. Los apremios que las novedades técnicas y las modas presenten a las escuelas universitarias de periodismo como urgencias que hay que atender, enseñando tales o cuales disciplinas, técnicas o especializadas, deberán procurarse solventar a través de organizar esos cursos optativos, o mediante la organización de cursillos, conferencias, seminarios y simposia de capacitación y de información profesional, cuidando de no incorporar precipitadamente una materia nueva, por útil que se le juzgue, al cuadro básico de la enseñanza, ya sea ampliando el plan de estudios o eliminando una de las materias que originalmente se juzgaron necesarias en el momento de elaborar ese plan. Tampoco se deben modificar los programas de estudios sustancialmente ante semejantes apremios.
6. Se debe fomentar el uso de los libros y las revistas como vehículos de información y de formación profesional, orientando a los estudiantes a buscar la información y los conocimientos que les hagan falta a través de la lectura. Después de todo, el periodista debe tener sobre todas las demás destrezas la que le permita hablar con propiedad de lo que no sabía antes de investigarlo para informar sobre ello. Por consiguiente el criterio es más importante que la información en la formación del periodista.
7. El desarrollo de los nuevos medios de información y la amplia difusión de los que ya se posee amerita estudios especiales de las escuelas de periodismo, con el fin de que dentro del *curriculum* de las materias que en sus aulas se enseñe pueda eventualmente enseñarse la politécnica relativa a esas nuevas técnicas diversas. Pero debe permitir también la formación de los periodistas en las materias básicas fundamentales, pues la información se podrá obtener previsiblemente con más facilidad con los nuevos medios de información y de transformación de que hoy se dispone.
8. Con el fin de evitar la distorsión de la enseñanza universitaria del periodismo y de sus fines, las escuelas universitarias de periodismo deben contribuir a la formación de escuelas de técnicos en las dis-

tintas prácticas del periodismo, sin perder la vista al hacerlo de que tengan la posibilidad de pasar, si así lo desearan, a ser universitarios del periodismo.

9. Independientemente del futuro técnico de los medios de información, hay la posibilidad de un aumento de su uso entre nosotros, pese a las razones culturales o económicas que ahora los mantengan estancados; esta sola posibilidad aconseja la más activa tarea para encontrar lo que constituye el universo (la *universidad*) de la profesión del periodismo, y poder formar, consecuentemente, un mayor número de periodistas universitarios que se distingan por su conciencia y su consistencia humanas y profesionales.